

**Javier del Hoyo (2016): *Eponimón*.**  
***El sorprendente origen de las palabras***  
***con nombre propio***

Barcelona: Ariel. 300 p. ISBN 978-84-344-2310-7

Javier del Hoyo es profesor titular de Filología Clásica en la Universidad Autónoma de Madrid, donde imparte clases desde 1984. En este libro presenta la historia de más de mil epónimos, que define como “los nombres procedentes de un nombre de persona o lugar”. Entre algunas de sus características destaca que se trata de palabras con fecha y lugar de nacimiento, que no suelen tener sinónimos, que a veces se someten a las mismas normas de morfología que las palabras patrimoniales, que muchas de ellas son de uso cotidiano y otras pertenecen al lenguaje de especialidad. Del Hoyo, fuera de eso, aclara que “*Eponimón* no es [...] un diccionario de epónimos ni una obra técnica de filología ni un frío listado de palabras procedentes de un nombre o ciudad; es un libro sobre etimologías de palabras concretas, que nacen en un momento y una zona geográfica concretas” (p. 15). Del Hoyo desde hace unos años colabora en la revista *Stilus* con una sección sobre etimologías y en 2013 publicó un libro titulado *Etimologicón*, de modo que puede afirmarse que es un especialista en la materia. Sin embargo, *Eponimón* no se dirige a especialistas sino a un gran público, por eso está escrito en un estilo llano y ameno. La impresión del libro es en dos colores: azul para el texto y rojo para los epónimos, que quedan así destacados y se localizan con facilidad rápidamente. Al final del libro se recogen todos por orden alfabético con indicación de la página donde aparecen.

El libro consta de diecisiete capítulos, cada uno de ellos dedicado a un tema. El primero se ocupa de los epónimos heredados de la cultura griega: *academia*, *liceo*, *ático*, *mausoleo*, *parnaso*, *faro*, *barniz*, *macedonia*, etc. Del Hoyo considera también los adjetivos en

combinación con sustantivos: (leyes) *draconianas*, (amor) *platónico*, (método) *socrático*, (victorias) *pírricas*, (guerras) *médicas*; y los simples sustantivos derivados de nombre propio: *pitagorín*, *estoico*, *beocio*, *espartano*, *lacónico*, *sibarita*, etc. Esta inclusión de los adjetivos se recoge, como veremos en otros ejemplos a lo largo de todo el libro. El segundo capítulo está vinculado con Roma y la herencia latina; también aquí abundan los epónimos. Algunos de ellos admiten numerosos derivados: *palacio*, *palacete*, *palaciego*, *palacial*, *paladín*, *palatinado*, *palatino*. Y como sucede siempre, entre los muchos que nuestro autor menciona los hay más conocidos y menos conocidos: *escevolismo*, *capitolio*, *tocayo*, *pantano*, *mecenas*, *cicerone*, *cesárea*, *julio*, *agosto*, *musácea*, *adrianeo*, *heliogábalo*, etc. Sin embargo, no siempre queda muy claro el concepto de epónimo que Del Hoyo aplica en su libro, pues a veces se refiere a nombres propios derivados de nombres propios, como es el caso de *Augsburgo*, *Aosta* y *Autun* (p. 49), los tres derivados de *Augusto*. El tercer capítulo está relacionado con la vida estudiantil y los años de la escolarización. Se recogen ahí voces como *bartulo*, *birome*, *bic* (el bolígrafo), *cirílico*, *géiser*, *espinela*, *calambur*, *baremo*, *algoritmo*, *churrigueresco*, *galeno*, *braille*, *morse*, etc. Por supuesto aquí la mezcla temática es evidente. En algún caso que otro no está claro que se trate realmente de un epónimo, por ejemplo: *alfabeto latino*, *alfabeto gótico*, *lengua romance*, *liliputiense*; este último, por ejemplo, es un simple gentilicio. El cuarto capítulo está dedicado a los nombres de perro, que se pueden distribuir en dos grupos, los relacionados más bien con topónimos y los relacionados con nombres propios: *galgo*, *pastor alemán*, *labrador*, *terranova*, *spaniel*, *chihuahua*, *dóberman*, *rottweiler*, *pekinés*, *presa canario*, *dálmata*, *sanbernardo*, *leonberger*, etc. Del Hoyo incluye también aquí nombres como: *mastín de Nápoles*, *mastín de los Pirineos*, *pastor de Anatolia*, *perro de San Huberto*; de modo que el concepto de epónimo resulta de nuevo demasiado amplio. En el campo del deporte encontramos numerosos epónimos, como muestra en el capítulo siguiente: *maratón*, *olimpiada*, *campana*, *bronce*, *hooligan*, *rugby*, *bádminton*, *alpinismo*, etc. El autor aprovecha con frecuencia para hacer asociaciones e introducir otras palabras que no pertenecen estrictamente al campo del que se ocupa; así en este capítulo hablando del senderismo y del Camino de Santiago introduce

*michelines, romería, jacobeo, jacobino, jacobita, compostela, gallofa, chaqueta, franquicia, etc.* Del deporte pasamos a la cocina: *bechamel, mahonesa, milanese, sardina, pérsico, damasco, avellana, sándwich, táper, magdalena*. Por no hablar de quesos (cabrales, gorgonzola, camembert, parmesano, manchego, gruyere, emmenthal) o bebidas (*champán, coñac, armañac, martini, pisco, tequila*) o tipos de uva (*jaén, italia, jerónima, alicante, beuna, malvesía*) o cafés (*vienés, escocés, irlandés, turco, brasileño*). “Adictos al saxo”, el capítulo séptimo, reúne epónimos que tienen que ver con la música, el baile y los pasatiempos, entre ellos la tauromaquia: *bandoneón, saxo, stradivarius, orfeón, zarzuela, mazurca, polca, tarantela, malagueña, sardana, calipso, chicuelina, gaonera, zapopina, lopecina, etc.* En “Guiris bailando el chotis” se ocupa de epónimos relacionados con nombres de mujer, expresiones de contenido sexual, la influencia del cine, de la literatura, entre otros temas; de modo que en este capítulo aparece un popurrí tremendo de palabras, en las que no siempre queda claro la procedencia de las mismas. Por ejemplo, el posible origen de mariposa a partir de “María, pósate” (p. 134). También los trasportes han dado pie a epónimos: *simón, berlina, victoria, clarens, pulman, zepelín, etc.*; muchos de ellos forman parte del pasado, aunque lógicamente no todos: *diésel, limusina, claxon, jumbo, coche, etc.* Otro campo que destaca nuestro autor es el relacionado con el dinero: *moneda, maravedí, alfonsino, carolino, guinea, sucre, boliviano, dólar, fúcar, bolsa, estraperlo*. Aprovechamos para comentar un punto que se observa en todos los capítulos, y es que Del Hoyo admite también expresiones relacionadas con nombres propios: *valer un Perú, esto es Jauja, Perico el de los palotes, al baño de María, trompas de Falopio, hacer alguien palacio, tumbarse a la bartola, etc.* El onceavo capítulo tematiza prendas de vestir que se derivan de un epónimo, algunas tan conocidas como leotardo, bikini, corbata, chaqueta, rebeca, pamea, jersey, y otras menos usuales como merceditas, andriana, berta, birkin, mariano, *leopoldina, macfarlán, etc.* El capítulo doceavo trata de los epónimos relacionados con la violencia y la guerra, algunos tan conocidos como linchamiento, pistola, bayoneta, guillotina, y otros más conocidos para expertos, pues hacen referencia a armas históricas: *colt, rémington, wíncester, browning, máuser*. El mismo

capítulo incluye regímenes políticos como el estalinismo, peronismo, franquismo o *maoísmo*. Como otras veces, Del Hoyo emplea un concepto amplio de éponimo según el cual entran también palabras como montescos y capuletos o unidades léxicas como mafia siciliana y camorra napolitana, sobre las que se podría discutir si realmente son epónimos. En capítulos anteriores nuestro autor recoge verbos como agostar, tindalizar, empecinar, marujear, abernardarse, enjordanar; a los que añade ahora también linchar y guillotinar, que obligarían a redefinir el concepto de epónimo para incluir verbos. El capítulo trece trata de flores y plantas que llevan nombres de personas y lugares (buganvilla, gardenia jalapa, brassavola, begonia, camelia, krameria, durante, magnolia, carlina, etc.), mientras que el capítulo catorce se ocupa de palabras relacionadas con la ciencia (voltio, vatio, celsius, newton, hercio, angstrom, amperio, baudio, faradio, fermio, titanio, etc.). “Un bargueño en la entrada” constituye el capítulo quince y en él se recogen voces relacionadas con la casa: *anfitrión, vestibulo, gobelino, quinqué, baldaquino, jacuzzi*, y otras muchas más. No podía faltar tampoco un capítulo sobre la Biblia y la religión, donde aparecen términos como *simonía, job, samaritano, matusalén, benjamín, moisés, levita, lazarillo, santabárbara, sambenito, nazarenos, arrianismo, jansenismo, benedictinos, cartujos, ursulinas*, etc. Sin embargo, nuestro autor continúa incluyendo expresiones que, a nuestro modo de ver, no deben considerarse epónimos: *nuez de Adán, pasar las de Caín, tener cara de ángel, rollo macabeo, yemas de santa Teresa, llorar como una Magdalena, lágrimas de san Lorenzo*, y otras muchas semejantes. Incluye incluso bigote por proceder de bei God (p. 241). El último capítulo regresa a la mitología griega y latina, de donde nuevamente Del Hoyo extrae numerosos epónimos (o expresiones que nos atrevemos a llamar, según lo comentado hasta ahora, “epónimas”): *crónica, cosmético, pánico, hipnosis, mercado, hermético, dionisiaco, ateneo, venado, diana, eco*, etc., además de algunos nombres de días de la semana y de meses.

Aunque Javier del Hoyo, como vimos, no pretende ofrecer un libro científico sino presentar la etimología de algunas palabras, su concepto de epónimo resulta en algunos casos demasiado amplio, pues incluye adjetivos, verbos y expresiones de todo tipo. También da por hecho algunas etimologías que resultan dudosas. Es evidente

que el objetivo principal de su libro es ofrecer una lectura amena sobre los curiosos orígenes de las palabras, objetivo que alcanza con creces.

**Beatriz Gómez-Pablos**

**Katedra románskych jazykov a literatúr**

**Pedagogická fakulta Univerzity Komenského**

Šoltésovej 4 – 81301 Bratislava, Slovensko

gomezpablos@fedu.uniba.sk